

SERGIO FERNÁNDEZ

“EL MONAGUILLO”

VIAJAR A JAPÓN

TE ROMPE LA TARDE

EN COLABORACIÓN CON JOSE SEÑARÍS
“FRIKIDOCOR”



HarperCollins

SERGIO FERNÁNDEZ

“EL MONAGUILLO”

VIAJAR
A JAPÓN

TE ROMPE LA TARDE

EN COLABORACIÓN CON JOSE SEÑARÍS
“FRIKIDOCTOR”



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Viajar a Japón te rompe la tarde
© 2020, Sergio Fernández Meléndez
© 2020, José Fernando Señarís Romay
© 2020, HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño de cubierta e ilustración: Luis Doyague
Diseño de maqueta: María Pitironte
Fotos de los autores: Carlos López
Maquetación: Safekat

I.S.B.N.: 978-84-9139-584-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatorias](#)

[Prólogo. Viajar a Japón te rompe la tarde](#)

[Capítulo 1. Si vas a Japón, no hagas planes ese día](#)

[Capítulo 2. El viaje más largo del mundo](#)

[Capítulo 3. Por fin llegamos a Tokio](#)

[Capítulo 4. El hotel y el chorrito](#)

[Capítulo 5. Shibuya y Hachiko](#)

[Capítulo 6. Genki Sushi, el restaurante mecánico](#)

[Capítulo 7. El Donki](#)

[Capítulo 8. El metro](#)

[Capítulo 9. Akihabara](#)

[Capítulo 10. La cena con el señor Saito](#)

[Capítulo 11. Harajuku, el barrio de la gente que viste raro](#)

[Capítulo 12. El templo de Sensoji](#)

[Capítulo 13. El shabu-shabu](#)

[Capítulo 14. El Instituto de Tecnología de Chiba y el profesor](#)

[Fideo](#)

[Capítulo 15. La clase en el Instituto Cervantes de Tokio](#)

[Capítulo 16. Shinjuku y el restaurante donde te pescas la comida](#)

[Capítulo 17. Skeletonics en Hachioji](#)

[Capítulo 18. El terremoto falso](#)

[Capítulo 19. La cena con los Yumbo Dump](#)

[Capítulo 20. La feria del juguete de Tokio](#)

[Capítulo 21. El juego del ovni](#)

[Capítulo 22. Regreso y final](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre los autores](#)



*A mi familia, a mis amigos Frikidoctor y
Luís Salvador, a mi editora Olga Adeva y a
toda la familia de El Hormiguero.*

Sergio Fernández El Monaguillo

*A mi padre, que siempre quiso que
escribiera un libro. Aquí lo tienes papá.
Eso sí, el primero ha tenido que ser con El
Monaguillo.*

José Señarís Frikidoctor

PRÓLOGO



**TE ROMPE
LA TARDE**



A los de *Crepúsculo* les encantaría vivir en Tokio porque se hace de noche muy pronto. Antes de que termine la telenovela del mediodía, ya se ha hecho de noche.

No es sitio para poner una empresa de placas solares y se venden muy pocas tarrinas de Nivea. Casi todo el mundo es blanco nuclear o, directamente, transparente. En Japón Iniesta puede pasar por rapero afroamericano.

A esto hay que sumarle que hay una humedad que parece un bollito borracho de esos rellenos de licor. ¡Cómo se suda en Japón! No es el mejor lugar para trabajar haciendo mudanzas. Subes una cuesta y parece que vuelves del Camino de Santiago.

Tokio está lleno de luces y pantallas gigantes poniendo en bucle vídeos musicales de japoneses vestidos con ropa de colores que llevan seis cafés en el cuerpo y no paran de gritar. Se les ha ido la mano con las pantallas. Hay más televisiones que en la recepción de un bingo.

Es un sinvivir, estás más intranquilo que los padres de los niños de *Stranger Things*... Esos niños deberían centrarse en los estudios y dejar de ir a sitios en bicicleta.

Si mi madre viajara a Tokio y viera tantas luces encendidas, se volvería loca apagándolas. Las madres son muy de apagar las luces.

—¡Porque no hace falta tanta luz!

Y con esa afirmación te callan la boquita. Es verdad que a veces te preguntas quién pagará cada mes el recibo de la electricidad de Japón, ¡menudo disgusto se tiene que llevar ese señor!

Realmente no es la ciudad más silenciosa de la tierra, no está para desconectar y escribir tus memorias y una antología poética. Pero si profundizas un poco, puedes llegar a encontrar jardines y templos ocultos, y parece que de pronto te han teletransportado a otro lugar. Lugares que son tan tranquilos que también te ponen nervioso.

¡¡¡JAPÓN ES UN SINVIVIR!!!

Pero también es el país en el que he vivido los momentos más *sur realistas* de mi vida.

Empecemos por el principio.



CAPÍTULO 1



**SI VAS A
A JAPÓN,**

**NO HAGAS MÁS
PLANES ESE DÍA**



Cuando sonó el despertador a las cinco de la mañana no sabía si iba a Tokio o a comprar porras. Mi cerebro cuando madruga necesita como veinte minutos para volver a reiniciar todas las aplicaciones.

Me lavé la cara en el bidé porque a esa hora no tengo riego y hago cosas que jamás imaginaríais. Me hice un café con leche y mojé una croqueta porque a esa hora

¡¡¡NO SOY PERSONA!!!

Después de un buen rato, cuando recuperé el conocimiento, me senté y por fin recordé el motivo que me había llevado a levantarme más temprano que en toda mi

vida. Si me levanto a esa hora es para ir al baño y volverme a acostar. Es la próstata, que va mandando señales...

—¡Estoy aquííííí! —dice la condenada.

En ese momento empecé a tener más miedo que el vigilante del *camping* de *Viernes 13*, que es el trabajador al que más rápido dan de alta y de baja.

¿Quién me manda a mí a decir que sí a una aventura que cambiaría mi vida para siempre?

Otro de los personajes de esta historia es mi amigo Frikidoctor, quizás una de las pocas personas que sería capaz de competir contra mí en modo *pesao*. En algún instante de debilidad me convenció para que viviera una experiencia que puede hacer que os llevéis las manos a la cabeza en cada capítulo.

LO TENGO QUE DECIR: ¡¡¡SOY UNA VÍCTIMA!!!

Tenía en bandeja no vivir la experiencia más loca de mi vida, pero Pablo Motos hizo todo lo posible por destapar la mentira.

Llegué a tener engañada a toda España. Todos creían que iba cada semana a comprar mis cacharros a Japón. ¡Los españoles me creían! Les había comido el corazón. ¡¡¡No me habían pillado!!!

Hasta ese día nadie había logrado descubrirme porque repartía cariño y almíbar a raudales. Me interrogó en directo, hasta me puso un foco en la cara como en las películas. Y yo pensaba: «Cada día más amigo de este hombre y todos los días mintiéndole...».

Era imposible pensar que alguien igual de cariñoso que el osito de Mimosín con dos chupitos de crema de orujo podía

llevar años mintiendo a un país entero.

Se acababa mi tiempo, se desmoronaba mi coartada. Pablo sospechaba algo. Además, había descubierto varias contradicciones en mi sección de *El Hormiguero* y me tenía entre la espada y la pared. Mi renovación estaba al borde del mismo precipicio donde el coche de Thelma y Louise no volvió a pasar la ITV.

Llegó el momento. Delante de más de tres millones de personas me preguntó:

—¿Cuántas veces has ido a Japón? ¡Y no me mientas, que tengo pruebas!

Le contesté:

—No he ido nunca... La verdad es que no sé ni dónde está el desvío.

OHHHHH.
¡GRAN DECEPCIÓN!

En ese instante no podía mirar a Pablo a la cara porque se me pasaban por delante todas las temporadas del programa, todos los buenos momentos... ¡Ay, Pablo! ¡Mi pequeño del alma! ¿Te acuerdas? ¡Con su piel de...! Y Paquirrín decía ¡canela!

Menos mal que me dieron la última oportunidad. Tenía que salir rumbo a Tokio inmediatamente con Frikidoctor y toda la expedición del programa si quería conseguir la renovación. Así que empecé a prepararlo todo. Lo primero la maleta.

Me compré una maleta en la que cabían todos los concursantes de *Operación Triunfo Uno* y los hijos de Angelina Jolie. ¡La más grande que había en la tienda!

Llevaba ropa para vestir a los actores del musical de *El Rey León*, sobre todo porque mis camisas de palmeras nunca fueron muy discretas. En Japón hay mucho contraste, los chavales que se visten a oscuras y llevan ropas imposibles; y los adultos, que visten como si vinieran de grabar un capítulo de *El secreto de Puente Viejo*. No hay término medio.

Ya estaba todo preparado. Me esperaba un taxi en la puerta y un chófer muy amable me ayudó a bajar la maleta desde casa como si fuéramos costaleros. Íbamos sacando un trono, hubo un momento en el que creí escuchar una saeta.

Me monté, cerré la puerta y le dije al conductor:

—¡Siga a ese coche!

Y no había nadie. No entendió la broma y fuimos camino del aeropuerto.

Otra prueba a superar, ¡¡¡el aeropuerto!!!

